



EscriVid ²⁰/₂₀

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s).

EscriVid 2020. Reflexiones y escrituras en torno a pandemia(s) y asilamiento(s) / Paula Vega ... [et al.]; compilado por Guadalupe Reinoso; Alicia Vaggione.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1614-6

1. Pandemias. 2. Aislamiento Social. 3. Ciencias Sociales. I. Vega, Paula. II. Reinoso, Guadalupe, comp. III. Vaggione, Alicia, comp. CDD 303.48

Publicado por el Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC | Córdoba - Argentina

1° Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de tapa y portadas interiores: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: María Bella

Corrección de contenidos: Florencia Colombetti y Lucía Bima



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

EscriVid 2020

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s)

Compiladoras:

Guadalupe Reinoso

Alicia Vaggione

Área de
Publicaciones

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba



Capitalismo y pandemia

*Notas sobre el
tiempo por venir*

Daniel Guillermo Saur*

COVID-19 y *acontecimiento*

Desde un punto de vista epistemológico, la pandemia producida por el COVID-19 puede ser interpretada como un acontecimiento de relevancia global. La noción de acontecimiento ha sido teorizada y empleada de distintos modos en diversas disciplinas, pero siempre vinculada a aquello que irrumpe y produce una discontinuidad en los procesos sociales. Para algunos campos de conocimiento, es una noción central, como en la historiografía donde, de una u otra manera, alude concep-

* Investigador regular del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFYH-UNC) y Profesor de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (UNC). Licenciado en Comunicación, Magister en Sociosemiótica por la UNC y Doctor en Investigaciones Educativas por el Cinvestav de México. Dirige el equipo “Espacio público y vida en común: reflexiones teóricas, problemáticas situadas”, radicado en el CIFYH (UNC).

 dgsaur@hotmail.com

tualmente a un evento cuyo calado produce una torsión histórica en aspectos relevantes de la vida social.

Para una mirada semiótica, que concibe la realidad como una trama textual de sentidos, el acontecimiento/pandemia puede ser interpretado como un evento que provoca un hueco en la textura significativa, como algo que irrumpe imprevistamente y descompone la trama que da orden y coherencia a la vida de una comunidad. Ese desgarró genera una desorganización en las significaciones corrientes que configuran lo que se entiende por realidad, suscitando desconcierto y confusión. Esta concepción semiótica se encuentra muy próxima a la noción de “real” en Lacan (1977), como una negatividad no representable, que no puede ser expresada a través del lenguaje, no formalizable, imposible de capturar por la significación, siendo justamente lo que subvierte al lenguaje, lo perturba, lo altera. En síntesis, como *acontecimiento* en clave semiótica o como *real* en clave lacaniana, aludimos a la *rotura* de la normalidad, lo que disloca temporalidades, emplazamientos y procedimientos habituales que constituyen la vida cotidiana.

Además de las metáforas topográficas, uno de los recursos teóricos a los cuales se ha recurrido, con frecuencia, para intentar entender el prolongado confinamiento suscitado por el COVID-19, es ese libro extraordinario de Jacques Derrida, titulado *Espectros de Marx* (1995). Allí, el filósofo francés recupera el *Hamlet* (1825) de William Shakespeare, para reflexionar en profundidad sobre lo que implica un *tiempo fuera de quicio*, lo que presupone una apertura en el presente que habilita un tiempo otro, una temporalidad extraña, abierta, en suspenso, por donde se filtran cuestiones inesperadas y espectrales.

Pandemia y ¿después?

El desgarró en la trama significativa al que referimos no es total, nunca la desbarata por completo, siempre es regional y, como le gustaba decir a Ernesto Laclau (2007), salvo que la sociedad se dirija hacia el manicomio o hacia el cementerio, existe necesidad de otorgarle significación a lo imprevisto, a lo que sorprende, de conferirle un lugar, suturar el desgarró y asimilar lo disruptivo recomponiendo la trama. En toda sociedad, se requiere cierta estabilidad simbólica que, aunque siempre

en tensión, siempre precaria y contingente, restablezca la normalidad frente a cualquier acontecimiento, por traumático que sea.

La necesidad de interpretar lo imprevisto es la razón por la cual todo acontecimiento activa una diseminación de discursos, promoviendo enunciados de todo tipo. A nivel de la doxa, la proliferación de interpretaciones que han procurado entender a la pandemia como *revancha de la naturaleza, castigo divino, descuido de laboratorio, intencionalidad china, efecto del 5G, dispositivo de control*, etc., es parte de la necesidad de inscribir el acontecimiento en algún relato que le dé sentido.

A nivel académico, la gran cantidad de ensayos que aparecieron en occidente a poco de establecida la cuarentena¹ es síntoma de esa disposición a otorgar sentido e inscribir lo inesperado en algún conjunto semiótico que brinde *razón de ser* y ayude, por lo tanto, al entendimiento de la realidad. A grandes rasgos, la productividad de toda esa literatura puede resumirse en la necesidad de organizar un mapa espacial y temporal más o menos razonable, operar como vector de inteligibilidad en un contexto incierto y amortiguar la angustia por la incertidumbre. Por un lado, para la comprensión topográfica del evento y de nuestro emplazamiento político, social y subjetivo en él; por el otro, para su organización temporal, porque no olvidemos que los dispositivos semióticos requieren organizaciones narrativas que articulen pasado, presente y futuro (procedencia, actualidad y progresión de la pandemia). Por este motivo, las conjeturas apuntaban al origen de la pandemia, tanto como a su devenir. En este sentido, algunas preguntas frecuentes han sido: ¿cómo será la pospandemia?, ¿volvemos a una supuesta normalidad?, ¿a qué lugar arribaremos?, ¿qué cambiará?, ¿devendremos mejores o peores en términos individuales y colectivos?

Ahora, si el acontecimiento justifica su estatuto epistemológico y merece tal designación, es porque la trama nunca va a volver a su estado anterior, algunas cosas habrán cambiado para bien o para mal. Y, en esto, soy foucaultiano, es importante resaltar las discontinuidades que se generan, acentuando las diferencias que permiten apreciar lo singu-

1 Solo a modo de ejemplo podemos mencionar los quince ensayos compilados en el libro *Sopa de Wuhan; Pandemia*, de Žižek; *Pandemonio*, de Jorge Alemán; entre otros. Todos editados en 2020 durante el confinamiento.

lar del acontecimiento, expresado en la reconfiguración de la textura significativa y la nueva *normalidad* que habilita.

La reconfiguración de sentidos que se establezca y pueda apreciarse a *posteriori* siempre se hará a partir de fragmentos simbólicos disponibles. Entonces, la pregunta es: ¿qué hay a la mano en vistas de la pospandemia? Para acercar alguna conjetura, traigo a colación una nota metodológica de Pablo Gerchunoff (2020) que leí en *Le monde diplomatique*; dice el economista:

Nunca nada cambia del todo en los procesos históricos. Buscando entre los escombros, siempre se encuentra al pasado. Supimos, finalmente, que la Revolución Francesa contuvo a la vieja Francia, que la Unión Soviética contuvo a la vieja Rusia, que la China de Mao era, secretamente, China. (párr. 16)

La reflexión me recordó aquella vieja discusión sobre la Revolución Rusa y qué hacer con el idioma. Si la Revolución era pensada como un hiato irreductible entre pasado y futuro, si iba a cambiar todo, a transformar de manera radical la historia, qué iban a hacer con el idioma — nada menos que el idioma— porque la gente seguía hablando ruso. La solución teórica al paso fue decretar al idioma como *excepcionalidad histórica*, y es evidente que ninguna estrategia conceptual de este tipo nos ayudará a visualizar los rumbos posibles.

Entonces: ¿qué vendrá en la pospandemia en relación con el capitalismo y sus formas habituales de dominación?, ¿saldrá algo mejor de la crisis que ha producido el COVID-19?, ¿de qué recursos disponemos en este tiempo que se abre, en el contexto del neoliberalismo?, ¿la desconfianza social habrá llegado para quedarse, donde *el otro* se presenta como amenaza, como *bio-peligroso*? Para acercar alguna consideración sobre estas preguntas, hay que ponerlas en el contexto de un capitalismo que, como bien dice Jorge Alemán (2020), es “una estructura acéfala que se reproduce ilimitadamente” (p. 15), que ha mostrado a lo largo de su historia una tremenda capacidad de asimilación de las crisis y una tremenda capacidad de reciclado y recuperación.

Digitalización, negocios, control social

En el contexto capitalista, se visualiza la sombra de una amenaza que no es nueva, pero que se acrecienta: la mayor centralidad que cobran las corporaciones tecnológicas y el enorme campo de negocios que se abre frente a lo que Naomi Klein (2020) llama el “Screen New Deal”. Este *nuevo pacto de las pantallas* apunta a incrementar la integración de tecnología a todos los aspectos de la vida, abriendo un enorme campo de negocios allí donde no existía o donde la actividad era ocupada por otros sectores de la economía o por el Estado. Hablamos de teletrabajo, telesalud, teleeducación, comercio digital, etc., en el contexto de la expansión y potenciación de la conectividad 5G y del *internet de las cosas*. O sea, la profundización de la mediatización de la vida a partir de la circulación de mayor información por canales más veloces y de una conectividad inteligente entre máquinas, con funcionamiento autónomo, sin necesidad de intervención humana. Como sostiene la socióloga franco israelí, Eva Illouz (2020), contrariando las hipótesis sobre la crisis que la pandemia impondría al sistema:

No creo que el virus haya provocado un cortocircuito en la modernidad sino, más bien, pienso que nos propulsó hacia adelante. El mundo distópico que nos aguarda es el mundo donde todo se hace en casa: trabajamos en casa, hacemos compras en casa, nos ponemos en relación con los otros desde casa, buscamos relaciones sexuales desde casa. Es un mundo donde las grandes empresas tecnológicas que controlan y desarrollan tecnología nos permiten navegar en el mundo a partir de nuestra casa. (párr. 12)

Solo a modo ilustrativo para ratificar estas consideraciones, remito al diario español *El Confidencial* (Pinedo, 2020), donde se afirma que, en los 60 primeros días de confinamiento, se aceleró la digitalización del mundo de manera equivalente a 6 años.

A este campo de negocios, hay que sumar el problema de la generación, apropiación y uso desregulado de la información descomunal que se está gestando a partir de lo que se conoce como macrodatos, *big data* o inteligencia de datos, puesta al servicio del mercado, pero también del control social, la intervención y modulación del *sentido común* y los procesos electorales. El escándalo de Cambridge Analytics,

que cobró visibilidad pública en 2018, es un ejemplo claro de este tipo de usos reñidos con la legalidad.

Para ilustrar estas preocupaciones y advertir sobre los peligros que se avecinan, son muy sugerentes las investigaciones realizadas por la escritora canadiense Naomi Klein (2020) vinculadas a los avances que se dan en EE. UU. en materia de inteligencia artificial. Primero, con alguna lentitud, con la excusa de la competencia con China, pero ahora vertiginosamente a partir de la pandemia, se están concretando acuerdos trascendentes entre las corporaciones tecnológicas y distintas esferas de gobierno de EE. UU. Se han incrementado las presiones presupuestarias para la liberación masiva de recursos y se están cayendo barreras democráticas en las negociaciones apresuradas entre políticos y gobernantes de alto rango, por un lado, y por otro, los CEOs de empresas tales como Google, Fundación Gates, Steer Tech, Oracle, Amazon, Microsoft, entre otras. No más hospitales, no más recursos para salud pública, no más prevención; lo que se está imponiendo como idea es la inteligencia artificial, como solución indispensable a los problemas que plantea la pandemia (Klein, 2020).

Conceptualizaciones necesarias

Para poder avanzar en las consideraciones sobre el tiempo por venir y a los fines de ser amigable con un/a eventual lector/a no familiarizado/a con ciertas categorías, necesito realizar algunas especificaciones, para lo que me valgo del pensamiento de Jacques Lacan (1977). Para este psicoanalista, los procesos de significación estarían organizados a partir del anudamiento indisociable de tres registros: simbólico, imaginario y real. A este anudamiento lo llamó *Nudo Borromeo*, ya que su entrelazamiento hace que toda modificación de uno de sus registros, inevitablemente modifique los otros y afecte el conjunto de la significación.

Lo simbólico atañe a las representaciones que los agentes hacen del mundo, lo que corresponde al lenguaje sin cuyo auxilio ningún objeto/proceso sería expresable ni susceptible de integración a la vida social. Refiere a un sistema relativamente estabilizado e instituido, alude a lo enunciado y visible. El registro simbólico establece los aspectos significantes de la vida social y su configuración es inevitablemente abier-

ta, incompleta e inestable. Esta apertura se da por el lugar que ocupa lo real en esa estructuración, introduciendo una negatividad que se ubica en los límites (y fija los límites) del orden simbólico, evitando su cierre e inmutabilidad. Lo real permanece incognoscible, podemos aproximarnos a él, aludirlo elípticamente y rodearlo desde el registro simbólico, pero nunca aprehenderlo, ya que es un dominio que existe fuera del lenguaje y desde donde amenaza la simbolización de manera permanente. Recordemos que, en el primer apartado, caracterizamos el acontecimiento pandemia de este modo, como un real que irrumpe y desordena los sentidos establecidos.

Por su parte, lo imaginario alude a un orden estructurante que se expresa en un nivel más general que el simbólico, opera como ideal de plenitud que suturaría la imperfección de lo simbólico impuesta por lo real, dando un efecto de unidad a la dispersión relativa de las significaciones. Lo imaginario no es aprehensible como tal y requiere de la mediación de lo simbólico para ingresar al terreno de la representación y, por lo tanto, de lo formulable.

De este modo, la realidad estaría ineludiblemente mediada e instituida por estos tres registros. Lo simbólico es el sistema de diferencias, en el nivel del lenguaje, de las relaciones sociales o de cualquier tipo de lógica significativa. Lo real es lo que irrumpe y disloca ese orden, no es la realidad en el sentido ordinario, sino justamente todo lo que la amenaza, niega y pone en cuestión. Esta relación entre simbólico y real abre un vacío en la estructuración significativa, revelando la imposibilidad de su presencia plena. Al enfrentar la imposibilidad de alcanzar una identidad total, de estructurar completamente el orden simbólico, los agentes sociales compensan precariamente el vacío que se produce con una fantasía de totalidad expresada en el nivel imaginario (Buenfil, 1994).

¿Fortalecimiento o crisis del capitalismo?

El debate de la pandemia ha pivotado sobre este dilema; el capitalismo saldrá fortalecido o debilitado de la pandemia. Las posiciones más conocidas van desde Agamben (2020) o Han (2020), que proclaman el triunfo final del capitalismo, destinado a colonizar en su totalidad la vida social y la subjetividad de los individuos, a Žižek (2020) que

plantea que se habilita un tiempo propicio para el arribo de un nuevo comunismo.

Por mi parte y siguiendo con un análisis situado a nivel de la significación, creo que las categorías lacanianas revisadas arriba pueden ser de ayuda para pensar el futuro del capitalismo. Porque la mayor centralidad de las corporaciones tecnológicas y la expansión de ciertos mercados, al igual que la creciente intervención sobre la *conciencia social* por medio del manejo de la información y los macro datos, no atenúa todos los problemas que padece el capitalismo contemporáneo.

Me animo a sostener que el capitalismo tiene sus dispositivos de regulación social muy aceitados, lo que podríamos asociar al registro simbólico. Es decir, un *sentido común* fuertemente sedimentado, lo institucional, la organización social, la estructuración de los comportamientos, las prácticas introyectadas, hechas cuerpo, ciertas axiologías, etc. Me refiero a todo aquello que puede ser asociado con la biopolítica y que atraviesa la sociedad de un extremo al otro (Foucault, 2008, 2009)²; pero, también, a lo que permite sostener la imposibilidad de detectar los bordes del capitalismo, que cualquier cosa que se haga está dentro, que cualquier resistencia será capturada.

No obstante, más allá de los dispositivos, considero que el capitalismo tiene hace ya tiempo su imaginario muy deteriorado. Hay suficiente evidencia que muestra que, por donde se lo mire, el capitalismo no va a ningún lugar auspicioso. Todo el ideario de la Revolución Francesa, la concepción kantiana de la Ilustración, la utopía tecnocientífica de la Modernidad, etc., todo ese horizonte está muy estropeado. La imposibilidad de imaginar el futuro de la humanidad está relacionada con esto, ni el neoliberal más convencido puede imaginar cómo será el planeta en treinta años o siquiera si habrá planeta en cincuenta. El deterioro del imaginario afecta a los sujetos y hace que su vida comience a perder sentido, vaciando la formalidad y los procedimientos establecidos a nivel simbólico. No olvidemos, como dice Buenfil (1994), que: “el imaginario dota de orientación específica a todo sistema institucional, sobredetermina la elección y conexiones de las redes simbólicas,

² Es muy interesante pensar la regulación de las conductas también en clave psicoanalítica, a partir del modo en que el capitalismo modula, orienta y promueve cierto tipo de goce en los sujetos (Alemán, 2020).

delimita los periodos históricos, sus formas peculiares de percibir, concebir, significar, de vivir y conducir su propia existencia” (p. 26).

El daño en el imaginario podría asociarse con la ausencia del “punto de capitón” del que habla Jorge Alemán (2020), también en clave psicoanalítica, como la ausencia o imposibilidad de contar con un punto de amarre para la dispersión y volatilidad del registro simbólico, produciendo un fuerte sinsentido en la vida social e individual. Visto desde otro ángulo, pero consonante, se podría decir que el capitalismo está perdiendo la dimensión mística que permitió entenderlo como una suerte de *teología política*. El neoliberalismo, como expresión contemporánea del capitalismo, está mostrando que no hay redención posible, el malestar que produce está relacionado con la pérdida de la dimensión mesiánica que supo construir, mesianismo laico, entendido en términos benjaminianos, bajo la mística ilustrada, la razón instrumental y la emancipación modernizadora. La sedimentación del registro simbólico hace que nadie pueda organizar otra forma de vida, una vida por fuera del capitalismo, pero a la vez, a partir de ese registro, nadie puede imaginar el futuro. Se ha transformado en el presente absoluto, sin imaginario que lo contenga, sin esa sutura y efecto de unidad que requiere y que solo una dimensión mesiánico-imaginaria puede dar.

Por lo anterior, a nivel de la significación, creo que el problema del tiempo presente está en la dislocación entre un registro simbólico fuertemente sedimentado y la falta de un imaginario consecuente que le dé sentido a todos esos dispositivos y lógicas.

Por otra parte, las fuerzas progresistas tienen un imaginario relativamente estabilizado, donde se presenta un ideal de plenitud donde la justicia y la equidad tienen un lugar central, con espacio para todos, integrado, pero con respeto a la diferencia, donde se privilegia lo público y lo común por sobre el beneficio personal y privado, etc. Pero, a su vez, no se dispone de recursos simbólicos que permitan la organización social ni los procedimientos que operacionalicen acciones orientadas a la realización de ese imaginario. Por eso, el *malestar del capitalismo* se expresa en revueltas que no encuentran cauce ni forma de traducirse en un ordenamiento político ni modos de organizar la disconformidad para que trascienda el simple agobio y desasosiego. Lo podemos constatar en el movimiento Chalecos Amarillos de Francia, en las marchas multitudinarias de Chile, en el *I can't breathe* iniciado en EE. UU. a

partir del asesinato de George Floyd, etc. Es la pura revuelta, sin recursos simbólicos para encauzar la protesta y el descontento social.

De modo que, a mi entender, el malestar del tiempo presente tiene que ver con estos desfases, con estas dislocaciones múltiples entre los registros imaginario y simbólico que el real de la pandemia vino a profundizar, trastocando configuraciones de sentidos que ya se encontraban en serios problemas.

Conjeturas sobre el tiempo por venir

En el contexto descrito arriba, quisiera acercar alguna conjetura sobre el futuro posible del capitalismo, considerando la dimensión de lo que valoro como un problema de gran calado, visualizable en el futuro. Desde mi punto de vista, la madre de todas las crisis que tendrá consecuencias imprevisibles cuando se desate, lo que me gusta llamar: la burbuja del dólar.

Para desarrollar esta conjetura, necesito referirme a la materialidad discursiva de ciertos datos e información de la economía y recuperar cuestiones fundamentales, que han permitido sostener la ficción de que EE. UU. expresa un capitalismo exitoso, modelo global para todos los países que, como los voceros neoliberales insisten, quieren *hacer bien las cosas*. Me refiero a una ficción de éxito basada exclusivamente en su supuesto ingenio, innovación, organización, eficiencia productiva y capacidad emprendedora, etc.; todo aquello que constituye el diccionario neoliberal.

En primer lugar, EE. UU. hubiera caído en una crisis energética paralizante hace casi 50 años, si no tuviera los servicios de inteligencia y sus embajadas en todo el mundo operando para corromper, presionar y, si fuera necesario, derrocar gobiernos para poner los nuevos a su servicio. Los ejemplos de aquello que EE. UU. llama su *diplomacia* son innumerables. Cuando los servicios de inteligencia y las embajadas no alcanzan, ahí están los marines como recurso de última instancia, ahora desplazados por drones y aviones de guerra no tripulados. Nunca se han privado de usar las fuerzas de seguridad o armadas para el disciplinamiento interno o externo. El modo en que han controlado, por medio siglo, el mercado del petróleo, con injerencia política y militar en Medio Oriente, interviniendo en la OPEP, etc., es el ejemplo más

expresivo de este funcionamiento y de la ficción de la sustentabilidad energética del imperio del norte.

El otro gran sostén de la simulación estadounidense, en el que me quiero centrar, ha sido la del dólar. Desde que se pasó del patrón oro al dólar en los acuerdos de Bretton Woods de 1971, este papel pintado ha ido alimentando una burbuja que, lejos de desactivarse, sigue creciendo y está llamada a estallar. El crecimiento exponencial de bancos, aseguradoras, fondos especulativos, mercados bursátiles, etc., o sea, todo lo vinculado con la creciente financiarización de la economía, tiene que ver con este asunto. A mi entender, sus consecuencias están llamadas a desembocar en la *madre de todas las crisis*.

El dólar se transformó en el referente de cambio global, domina el comercio internacional, las transacciones públicas y privadas y dos tercios de los activos de los bancos centrales del mundo, etc., gracias a lo que Francia, en su momento, llamó el *privilegio exorbitante de imprimir* que posee EE. UU. Para que tengamos una idea de la dimensión del asunto, podemos decir que, para mediados de 2020, Argentina está en una situación virtual de default con una deuda pública de alrededor del 95 % del PBI; mientras, EE. UU. tiene una deuda en todo concepto (pública, privada, financiera e industrial y particular) de casi 327 % del PBI, cercano al porcentaje medio de deuda global. O sea, gran parte del planeta está muy complicado con este tema. Con la crisis inmobiliaria de 2008, EE. UU. emitió 7 billones de dólares y, para principios de mayo de 2020, ya había aprobado la emisión de 3 billones para enfrentar la crisis del coronavirus; en gran medida, para hacer *socialismo corporativo*, o sea, para defender principalmente a los ultrarricos. A su vez, el déficit fiscal que padece desde hace años ronda una media que va del 4 al 6 % del PBI, pronosticando un 16 % para 2020, y todo se resuelve pintando papel de verde. En síntesis, deuda y déficit monumentales, es decir, todo lo que EE. UU. evangeliza para el resto del mundo, está muy lejos de cumplirlo.

La lectura económica que comparto no es monetarista, está fuertemente arraigada en una interpretación materialista de la economía. Semejante despegue entre la representación de valor y el valor objetivado —es decir, entre la moneda, como referente del valor, y las mercancías que representa— no ha hecho más que inflamar la financiarización de la economía. Todo lo relacionado al incremento de los fondos especu-

lativos y su presión sobre las economías nacionales está asociado con este asunto.

A mi entender, Marx no pudo resolver conceptualmente muchas cosas, no pudo elaborar una teoría solvente de la cultura, de la ideología o de las prácticas, pero la teoría del valor sigue siendo inobjetable. No existe tal cosa como un pasaje de la fórmula *dinero-mercancía-dinero incrementado* (D-M-D') a la fórmula *dinero-dinero incrementado* (D-D'), eso no es valorización es, como dice David Harvey (2017), sobreacumulación por "desposesión". Y la desposesión que está generando el sistema financiero comienza a hacer crujir toda la estructura. Esta modalidad no es nueva, el capitalismo se fundó sobre la desposesión en el siglo XVI a partir del saqueo colonial en lo que Marx identificó como "acumulación originaria" y desarrolló en el conocido Capítulo XXIV de *El Capital* (2007). Pero, el modo de reproducción ampliada y la acumulación fundamental del capitalismo, que se impuso durante siglos, es la valorización, o sea, la producción de mercancías a partir de la apropiación de trabajo asalariado. Desde hace un tiempo, estamos entrando en una nueva fase donde la desposesión se está imponiendo sobre la valorización, y eso sí está planteando un cambio de modelo. Los intentos recientes de algunas economías por impulsar una canasta de monedas y desmarcarse del dólar, el avance reciente de la criptomoneda china, relanzada para evadir el sistema de bancos, o cierta interna del sistema financiero de EE. UU., que intenta volver al patrón oro para imponer un poco de disciplina monetaria, son medidas tendientes a evitar el desenlace del problema que planteo.

Hasta ahora, la ficción del dólar ha funcionado tapando y simulando los problemas, ante la menor amenaza todo el mundo sigue refugiándose en ese papel pintado que aún goza de credibilidad y ahí están las fuerzas armadas estadounidenses, como recurso de última instancia, por si fuera necesario. Pero, en algún momento, la ficción va a caer y el ajuste va a ser feroz, se va a desmoronar la estructura financiera y la crisis va a ser dramática. Y, ahí, está China, que también tiene una deuda estatal y empresarial enorme, pero es toda interna y que, en una economía centralizada, se puede resolver con algunos asientos contables. No es el caso de EE. UU. ni del resto del mundo aferrado a la moneda americana.

Creo que la madre de todas las crisis será el estallido de la burbuja del dólar que no para de crecer. No sucederá en los próximos meses y, tal vez, tampoco en unos pocos años. La burbuja inmobiliaria que estalló en 2008 se desarrolló durante dos décadas y lleva casi 50 años creciendo. No está de más decir que, cuando el estallido suceda, seguramente será el gran momento de China, modificando la relación entre dinero, poder económico e influencia geopolítica. Y me refiero a China, un país que reúne lo peor del control autoritario de Estado con lo peor de la economía de mercado. Allí, me parece, se abrirá otro capítulo no solo para el capitalismo global, sino para la historia de la civilización.

Por último, no comparto las lecturas optimistas ni pesimistas, pero tengo la convicción de que, en algún momento, el que tenga dólares va a emular a los ahorristas argentinos en 2001, será como quedar con un cheque por cobrar a las puertas de un banco que quebró. En este horizonte, posiblemente lo que el COVID-19 está haciendo es acelerar tiempos y precipitar tendencias.

Bibliografía consultada

- Agamben, G. (2020). La invención de una epidemia, Contagio y Reflexiones sobre la peste. En P. Amadeo (ed.), *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia* (pp. 17-20, pp. 31-34 y pp. 135-138). ASPO.
- Alemán, J. (2020). *Pandemónium. Notas sobre el desastre*. Ned Ediciones.
- Barría, C. (2020, 22 de enero). Las grandes economías más endeudadas en el mundo y en América Latina (y qué peligros presentan). *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-51099714>
- Buenfil Burgos, R. N. (1994). *Cardenismo: argumentación y antagonismo en educación*. DIE-CINVESTAV – IPN.
- De Pinedo, N. (2020, 11 de junio). Los 60 días de confinamiento han acelerado seis años la digitalización del mundo. *El confiden-*

- cial. https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2020-06-11/transformacion-digital-isdi-bra_2622219/
- Derrida, J. (1995). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Editorial Trotta.
- EE. UU. planea emitir deuda por casi tres billones de dólares para afrontar el impacto económico del coronavirus. (2020, 04 de mayo). *Infobae*. <https://www.infobae.com/america/eeuu/2020/05/04/eeuu-planea-emitter-deuda-por-casi-tres-billones-de-dolares-para-afrontar-el-impacto-economico-del-coronavirus/>
- Ferrari Haines, A., Moreira Cunha, A. & Peruffo, L. (2020, 14 de junio). El yuan digital chino y el desconcierto de Estados Unidos. *Página 12*. https://www.pagina12.com.ar/271654-el-yuan-digital-chino-y-el-desconcierto-de-estados-unidos?fbclid=IwAR1b-9LbssXgOf1pWgJnI8wHIX7el7BvU3OoqwNMB-d3ZspT_6Q298zAzMZA
- Foucault, M. (2008). *Seguridad, territorio, población*. Editorial Akal.
- Foucault, M. (2009). *Nacimiento de la biopolítica*. Editorial Akal.
- Gerchunoff, P. (2020). El nudo argentino. Una nueva justicia social para un nuevo patrón de crecimiento. *Le Monde Diplomatique*. https://www.eldiplo.org/notas-web/el-nudo-argentino/#nota_pie
- Harvey, D. (2017). *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad*. Editorial Akal.
- Han, B-H. (2020). La emergencia viral y el mundo del mañana. En P. Amadeo (ed.), *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia* (pp. 97-112). ASPO.
- Illouz, E. (2020, 9 de agosto). Eva Illouz: "sin un pacto social sanitario no es posible gestionar a los ciudadanos". *Página 12*. <https://>

www.pagina12.com.ar/283863-eva-illouz-sin-un-pacto-social-sanitario-no-es-posible-gesti

- Klein, N. (2020, 26 de mayo). Distopía de alta tecnología: la receta que se gesta en Nueva York para el post-coronavirus. *Lavaca*. <https://www.lavaca.org/notas/la-distopia-de-alta-tecnologia-post-coronavirus/>
- Lacan, J. (1977). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. *Revista argentina de psicología*, 22, 11-27.
- Laclau, E. (2007, 21 de mayo). La política es caminar entre dos precipicios. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/el-pais/1-85297-2007-05-21.html>
- Marx, K. (2007). *El Capital (Tomo I): Crítica de la Economía Política*. Editorial Siglo XXI.
- Žižek, S. (2020). El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill. En P. Amadeo (ed.), *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia* (pp. 21-28). ASPO.